

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II	TEGUIGALPA: 1.º DE AGOSTO DE 1902	NUM. 25
--------	-----------------------------------	---------

Impresiones de estética

CUADROS:—*Ronda antigua.*—*Ofelia.*—*Antes de la procesión.*—*El libro favorito.*—*Las violetas.*—*Soñando.*—*Noche de primavera.*

VII. RONDA ANTIGUA.—(J. SCALBERT).

Un parque poblado de árboles floridos, en una luminosa mañana de otoño

Las bellas vírgenes de cuerpos armoniosos bailan una ronda ligera alrededor de las figuras—coronadas de pámpanos—de sátiros y silenos. Van envueltas en tulés argentinos, de una levedad de espuma, que el viento aromado levanta indiscreto, dejando ver las formas blancas y mórvidas, que se mueven voluptuosamente al compás de un ritmo lascivo.

Una gracia sexual y profunda emana de las curvas de los senos y de las caderas y de las piernas ágiles y de los brazos albos y largos. Sus divinas cabezas, exornadas de rosas, con la cabellera recogida, se vuelven con movimientos felinos hacia los viejos sátiros inmóviles, cuyos rostros lujuriosos, cubiertos de ásperas barbas y de hondas arrugas, sonríen obscenamente.

Son visiones sensuales y delicadas las de esas jóvenes de cálida sangre, que gozan de la alegría de la vida, mostrando, en la soledad de un parque perfumado, la gloria de sus cuerpos deliciosos bajo los ramajes estremecidos... El sol, que se desliza furtivamente, borda fugaces flores de luz sobre los hombros y los senos nevados, y los desnudos piñecitos hacen crujir las hojas muertas

VIII. OFELIA.—(Mlle. A. SÉDILLOT)

Esta criatura que surge de las flores, ella misma es una flor inmortal. Su veste graciosa y la expresión de su rostro coronado de lirios, le dan la apariencia de un ángel que en las horas nocturnas bajara del cielo para cortar nenúfares sobre las aguas dormidas.

IX. ANTES DE LA PROCESION.—(C.-B. D'ENTRAYGUES)

Antes de la procesión, un grupo de pequeños alumnos forman ramos y coronas en el vasto jardín del seminario. Algunos se hallan de pie: otros sentados en bancos rústicos, y por el suelo se ven esparcidos fragmentos de tallos y de hojas.

Visten el traje talar y hablan de cosas infantiles. Brilla un sol matinal en el cielo sin brumas, y los

chicuelos gozan de sus cálidas caricias. De improviso uno de ellos vuelca su cestillo de rosas sobre la cabeza de su vecino, y mientras éste se vuelve sonriendo para contestar á su ataque, otro le arroja á la cara un puñado de pétalos. Todos ríen alegremente, mostrando, en los rostros cándidos diversas expresiones de ingenuidad y de inocencia.

X. EL LIBRO FAVORITO

Sentada sobre el follaje amarillo salpicado de flores silvestres, está la joven—en la mañana serena—embebida en la lectura de su libro favorito. Se halla de espaldas. No puede verse su rostro inclinado. Solamente la parte superior de sus hombros y su nuca redonda dan á conocer que es joven y quizá bella.

La soledad reina á su alrededor. ¿Qué libro es ése que ha logrado dominar por completo su atención? ¿Será alguna obra mística en que se cantó un himno á la castidad? ¿O un volumen de poesías? ¿O un relato de viajes? ¿O un viejo libro de romanzas? Tal vez... Pero yo me inclino á creer que es una novela de amor.

XI. LAS VIOLETAS.—(Mlle. J. SALOMÉ)

Una esbelta niña de doce años—encantadora con su sencillo vestido de tela barata y su cabezita de paloma. Lleva en la mano izquierda un cesto de lilas y en la derecha un hermoso ramo de violetas. Surge del fondo obscuro, dulcemente, su cándida imagen...

XII. SOÑANDO.—(A. ASTI)

Es de una belleza prodigiosa esa virgen desnuda que duerme con la cabellera suelta. En la sombra surge su cuerpo como un fúlgido alabastro, como un tesoro carnal que hace experimentar un goce puro al alma del artista. Está desnuda, y sin embargo, nada tan casto como la actitud de su cuerpo divino. De la cabeza á los pies es bella y armoniosa. Su cuello es de una morbidez ideal y sus senos son dos gloriosas maravillas en que se embriagan las pupilas. Toda ella es un ensueño de amor, que hace florecer los pensamientos con su encanto profundo.

XIII. NOCHE DE PRIMAVERA.

Las tres beldades—bajo los altos álamos—miran en silencio las lejanías indecisas, en la noche argentada y misteriosa. Hay una claridad fantástica, que hace soñar con una tierra de leyenda, brumosa y triste, llena de símbolos serenos.

Ellas parecen flores de nieve besadas por la luz de la luna, pálida en el estrellado firmamento. Sus hombros desnudos surgen de sus leves corpíneos, como hechos de un mármol luminoso; sus semblantes semejan azucenas.

Y ¡ tres, esbeltas y frágiles y visionarias, son de una blancura tan intensa, que parece que van á confundirse con la niebla argentina de la noche, á disolverse en ella como tenues fantasmas de ensueño.

FROILÁN TURCIOS

La ciudad en el mar

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Mirad! La Muerte levantó su trono en la ciudad inmensa y solitaria— en la ciudad inmensa que se extiende del triste Ocaso en la región lejana— donde el bueno y el malo, confundidos con el peor y el mejor, juntos descansan, y brillan los palacios y las torres, (¡torres vetustas por el tiempo ajadas!) en redor de las torres y palacios los vientos del olvido se levantan, y debajo del cielo, adormecidas, reposan, melancólicas, las aguas.

Ningún rayo de luz brilla en las noches de la ciudad fatídica y extraña— ningún rayo de luz desde los cielos desciende á iluminar sus noches largas— mas, del fondo del piélago sombrío, luminosas corrientes se adelantan, que alumbrando las torres silenciosas sobre las cimas, y á lo lejos, van relucen en los domos atrevidos, sobre los templos, en las regias salas, en las musgosas, imponentes ruinas de ruínas, babilónicas murallas, sobre espléndidas tumbas y sarcófagos— maravillosas tumbas cinceladas cuyas flores de piedra, en espirales, sus retorcidos frisos entrelazan— sus retorcidos frisos, donde el pámpano, la violeta y el musgo se destacan. Bajo el cielo tranquilo, adormecidas, reposan melancólicas las a y allí, las torrecillas en la sombra, cual péndulos, p e n n i ada mientras la Muerte, en orgullosa torre, yace tendida en la ciudad fantástica.

Templos abiertos y entreabiertas fosas allí bostezan en la linfa lídica— bostezan en la linfa luminosa— y— ningún rico en la ciudad callada— que en los brillantes ojos de los ídolos duerme el último sueño— ni la blanca muerta, de alegres joyas revestida— su húmedo lecho entre las olas palpan— ni aquellas olas por el viento, nunca, en tan lejanos mares son rizadas— ni el cielo sobre mares tan horribles, tan plácidos y horribles, se dilata.

Pero mirad! De pronto, el aire tiembla! Agítanse las olas espantadas, cual si fueran hundiéndose las torres en el mar ténebre que avanza— y como si las cimas, en la altura lentamente de lado se inclinaran! Rojizo resplandor tinte las olas— el tiempo mudo, sordamente pasa— y lejos de los ruidos terrenales que de los troncos infinitos se alzan— abajo, abajo, donde fué construida, abajo, abajo, en la ciudad extraña— el infierno se inclina reverente, con expresión sástica!

EDGARDO POE

El canto de la noche

Es de noche; ahora se eleva más la voz de los surtidores. Y mi alma es también un surtidor. Es de noche; ahora se despiertan todos los cantos de los amantes. Y mi alma es también canto de amante

Algo hay en mí no aplacado ni aplacable, que quiere alzar la voz. Hay en mí un anhelo de amor que habla la lengua del amor.

Yo soy luz. ¡Ah! ¡si fuese noche! Pero ésta es mi soledad: verme envuelto en luz.

¡Ah! ¡Si yo fuese sombrío y nocturno! ¡Cómo sorbería los senos de la luz!

Y os bendeciría también á vosotras, estrellitas que brilláis allí arriba como luciérnagas! Y sería venturoso con vuestros regalos de luz!

Pero o vivo de mi propia luz, yo absorbo en mí o llamas que de mí brotan.

Yo no conozco el p de recibir; y frecuentemente he soñado que robar debe ser mayor deleite que recibir.

Mi pobreza estriba en que mi mano no descansara nunca de dar; mi envidia son los ojos que veo esperando, y las noches despejadas del anhelo.

¡Oh miseria de todos los que dan! ¡Oh eclipse de mí so! ¡Oh deseo de desear! ¡Oh hambre devoradora en la hartura!

Ellos toman de mí; pero ¿toco yo siquiera su alma? Entre dar y tomar hay un abismo; y es muy difícil salvar el más pequeño abismo.

Un hombre nace de mi belleza; yo quisiera hacer dafío á los que iluminó; yo quisiera saquear á los que colmo de presentes; así tengo sed de m i a

Retirando la mano, cuando ya la mano se alargaba vaciando como la cascada que vacía aún en su caída: así tengo yo sed de maldad.

Tales venganzas medita mi plenitud; tales malicia n cen d i d

Mi gozo de dar ha muerto á fuerza de dar; mi virtud n do d m ma por u exuberancia

El que da siempre corre el peligro de perder el pudor; el que reparte siempre, á fuerza de repartir, acaban por encallecerse las manos y el co-

ra

Mis ojos no se arrasan ya en lágrimas al ver la vergüenza de los que imploran; mi mano se ha endurecido en demasía para experimentar el temblor de las manos llenas.

¿A dónde se fueron las lágrimas de mis ojos y el plúmbo de mi corazón? ¡Oh soledad de todos los que dan! ¡Oh silencio de todos los que brillan!

Muchos soles gravitan en el espacio va luz habla á todo lo que es obscuro; sólo callan para mí.

¡Oh! Es la enemistad de la luz contra lo luminoso! Despiadada sigue su camino

Hondamente injusto contra lo luminoso, frío para con los soles, así camina todo sol.

Cual una tempestad, vuelan los soles por sus órbitas: esa es su marcha. Su voluntad inexorable siguen: esa es su frialdad.

¡Ay! ¡Sólo vosotros, oscuros y nocturnos, que sacáis vuestro calor de lo luminoso; sólo vosotros bebéis leche y bálsamo en las ubres de la luz!

¡Ah! hielo hay en torno de mí, hielo queema mis manos! ¡Una sed tengo yo que suspira por vuestra sed!

Es de noche. ¡Ay! ¡Por qué he de ser yo luz? ¡Y sed de lo nocturno! ¡Y soledad!

Es de noche: ahora, cual una fuente, brota mi anhelo—mi anhelo de hablar.

Es de noche: ahora se eleva más la voz de los surtidores. Y mi alma es también un surtidor.

Es de noche: ahora se despiertan todos los cantos de los enamorados. Y mi alma es también un canto de enamorado.

FEDERICO NIETZSCHE

Fuga de centauros

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Huyen, enloquecidos de muerte y rebelión, hacia el abrupto monte que oculta su morada; el miedo les empuja; perciben la pisada y aspiran en la noche un olor de león.

Atraviesan hollando la hydra, el estelión, abismos y torrentes, sin arredrarles nada; y sobre el cielo miran, de lejos, la elevada cresta de Ossa, de Olimpo y del negro Pelión.

De pronto, un fugitivo de la horda perseguida detiénese y escruta, con la cerviz erguida, para seguir huyendo con el rebaño errante;

Pues al volver los ojos miró la luna llena tras ellos proyectando, magnífica y serena, de Herakles invencible la sombra amenazante.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

El Cisne Rojo

(POEMA SIMBÓLICO)

A Froilán Turcios

Sobre el estanque lívido,—que se extiende á lo largo del camino—sombreado de viejos sauces—melancólicos, caían las primeras sombras.—

Las ranas entonces ban su soñolienta—melopea, y los grillos respondían—con sus violines agudos y destemplados,—á lo lejos. Reinó un breve silencio.—Entonces, del lado de Occidente, todo—sangriento de la púrpura del sol,—vióse avanzar, rítmica y lentamente,—un gran pájaro rojo, como—un gigantesco rubí con alas,—que surgía entre dos nubes—vagabundas. Y las ranas, con pequeños gritos de asombro,—dijeron: “hé aquí que viene—del fondo de los cielos oscuros—el gran Cisne de Ensueño y de Visión—predicho por la Sibila!—El gran Cisne Rojo, que anuncia un—Nuevo Diluvio de—cenizas y de lágrimas y de sangre.”—Fero, sin agitar siquiera sus inmensas—alas, de pedrea, clave—de la leyenda pasó por el Cielo,—sin inquietarse de las ranas—asustada dentro viejo—sapo milenario y hermana de fealdad—sagrada, gritó: “Callad, vosotras,—ranas estópidas: ese que viene—es mi hermano el divino Pájaro de Oro—y de sangre; el que anuncia el nuevo—día de sueños y de asombros: mi hermano!”—Y el gran Cisne pasó por el—estanque lívido, lanzando un gemido,—con sus alas abiertas, como dos—grandes fieras rojas, en tanto—que el sapo milenario y horrible,—se convertía en blanca flor de nenúfar—y que las ranas verdes, gritaban:—“Prodigio! prodigio!” y los primeros—astros brillaban como violetas—mágicas en los jardines del crepúsculo.

LEOPOLDO DÍAZ

El faisán

Dijo sus secretos el faisán de oro:—
En el gabinete mi blanco tesoro,
de sus claras risas el divino coro.

Las bellas figuras de los gobelinos,
los cristales llenos de aromados vinos,
las rosas francesas en los vasos chinos.

(Las rosas francesas, porque fué allí, en Francia)

donde en el retiro de la dulce estancia
esas frescas rosas dieron su fragancia).

La cena esperaba. Quitadas las vendas,
iban mil amores de flechas tremendas
en aquella noche de Carnestolendas.

La careta negra se quitó la niña,
y tras el preludio de una a
apuró mi boca vino de su viña.

Vino de la viña de la boca loca,
que hace arder el beso, que el mordisco invoca,
¡oh los blancos dientes de la boca boca!

En su boca ardiente yo bebí los vinos,
y pinzas rosadas, sus dedos divinos,
me dieron las frescas y los langostinos.

Yo la vestimenta de Pierrot tenía,
y aunque me alegraba y aunque me reía,
moraba en mi alma la melancolía.

La carnavalesca noche luminosa
dió á mi triste espíritu la mujer hermosa,
sus ojos de fuego, sus labios de rosa.

Y en el gabinete del café galante
ella se encontraba con su nuevo amante,
peregrino pálido de un país distante.

Llegaban los ecos de vagos cuartos
y se despedían de sus azahares
miles de puros en los bulevares.

Y cuando el champaña me cantó su canto,
por una ventana ví que un negro manto
de nube, de Febe cubría el encanto.

Y dije á la amada de un día:— ¿No vi te
de pronto ponerse la noche tan triste?
¿Acaso la Reina de luz ya no existe?

Ella me miraba. Y el faisán cubierto de pluma
[mas de oro:
—“Pierrot! Ten por cierto
que tu fiel amada, que la Luna, ha muerto!”

RUBÉN DARÍO

Las comedias de la Muerte

(Fragmento)

LA belleza y la antorcha eran en la antigua Grecia los atributos de la muerte y del amor. Apenas se distingue en los museos el genio fúnebre del genio del sueño. Los representa un adolescente que se apoya sobre un árbol ó sobre una columna, con las manos en la cabeza y cuyo pie huella suavemente una antorcha apagada. Pausanias habla de una estatua de la noche que llevaba en brazos á sus dos hijos, el sueño y la muerte. Enlazados, confundidos, se juntaban por los labios y mezclaban sus pensamientos. Nada es menos lúgubre que los bajo-relieves y los sarcófagos. Con frecuencia extiende por sus paredes una bacanal. El mármol danza y se embriaga para distraer a los mortales, que encierra, rodeándoles en las nubes, una imagen de la vida. El genio griego complacía sobre todo en embellecer la vida en la juventud, y la cubría con el velo transparente de la metamorfosis. Y a la Hyacintho cogido por Apolo; ya Hilas, trastrado por las nubes al agua del río, que se hundía su ánfora; ya Adonis, enterrado por Venus en el lecho de los amores celestes.—Caen gloriosamente los jóvenes combatientes a la *Iliada* y los separa de la falange heroica el filo de la espada, como fragmentos de un bajo-relieve mutilado. La única queja que se oyen es el sentimiento que les causa no volver á ver el sol. El poeta sólo los compara á flores ó á espigas sagradas. En Atenas que-

maban á los adolescentes muertos, al nacer el día se llamaba su hogar y se mezclaba con las primeras luces de la aurora. Menandrio, en el mejor fragmento suyo que nos queda, celebra la muerte precoz y le presta la alegría y la frescura de una partida matinal.—“El hombre querido de los dioses, muere pronto ¡oh Parménon! El más dichoso es el que, sin pesares en la vida, habiendo sólo contemplado sus hermosos espectáculos, el sol, el agua, las nubes y el fuego, regresa prontamente al sitio de donde ha venido. Lo que vió, viva un siglo ó viva pocos años, lo verá siempre lo mismo, y no verá nada más hermoso. Considera á la vida como un viaje y al mundo como una feria extranjera, un sitio de emigración para los hombres. Si partes de los primeros, tu viaje es el mejor; te marchas provisto de lo necesario y sin tener miedo. El que tarda en partir, se fatiga y pierde sus recursos. Envejece, cae en la indigencia, encuentra enemigos que le tienden redes, y se marcha penosamente, porque visto demasiado.”

La muerte era hermosa en Grecia, porque no la desfiguraban el sobresalto del otro mundo, ni los horrores de la destrucción. ¿Qué eran los Infernos y los Campos Elíseos?

Un país letárgico y vago, poblado de sombras más pálidas que los fantasmas del sueño. Es existencia espectral repugnaba á la actividad de los tiempos heroicos. Aquiles protesta energicamente contra ella cuando responde á Ulises, que le felicita por reinar sobre las almas después de su muerte: “Hijo de Laertes, noble Ulises, no adules á tu hijo. Prefiriera ser sobre la tierra el mozo que apenas tuviera con que vivir, que mandar como á todo un pueblo de muertos. Encierra más fastidio que dolor esa queja del despojado de su belleza y desarmado de su fuerza. Además, la llama de las antiguas embellecía á la muerte, purificándola. La podredumbre no mancillaba el cadáver; la forma humana se desvanecía con toda su perfección y no dejaba más que un puñado de ceniza, que recogía una urna de mármol. El hombre volaba intacto á la esfera pura de la memoria, como la idea noble ó graciosa que personificó en la tierra. En el crepúsculo del paganismo es cuando revistió la muerte el aspecto de repugnante esqueleto, y aun entonces al principio apareció más para

divertir que para aunar. F é el bufón más que el trágico del sepulcro. El hombre, ante su siniestra armadura de huesos, se apresura á gozar de la carne frágil que caerá y contesta a sus rictus sardónico a carcajada voluptuosa. El esqueleto de plata, con vértebras flexibles, que Petronio hace danzar sobre la mesa de Trimalción, juega en ella el papel de un títere epicúreo y excita la sed y la licencia de los convidados.—“Qué misera y qué corrupción — exclaman— el hombre no es nada! Qué frágil es la trama de la vida!.. Así seremos todos cuando Plutón nos robe. Vivamos, pues, en tanto que podamos gozar.

Profunda tranquilidad respiran las tumbas romanas. Sus epitafios ecen muestras que invitan á los transeuntes

paz: *Securitati perpetuae.*—*Bona quie*

Me ac na piedra grabada en l Museo de Flore a, que representa un esqueleto que danza t n pastor que toca u flauta doble. El joven levanta los ojos, pero el instrumento no abandona sus labios; espectro turba apenas un canto que él va zas a interrumpir.

PAUL DE SAINT-VICTOR

Alban

Tienes niños cual ángeles, de blondos cabellos,
Cuyos ojos fulguran, al sonrír, los destellos
Del cielo azul no más;

Cuyas blancas manitas, do gentil te ap on
De tí, señora, hacen una de estas Madona
Que Rafael crió jamás.

Así como mujer, como madre, señora,
Tu dicha presente, cuanto el mundo atesora
No podrá disminuir.

Y así en sus votos la amistad más sincera
A Dios pediría que al pasado te hiciera
Igual el porvenir.

Pues desear para tí, señora, otra cosa,
Pedir fuera tal vez el perfume á la rosa,
Murmulio al manantial,

Para mayo florido sus flores bermejas,
Y el canto á aves, miel á las abejas,
Luz en noche estival.

ALBERTO UCLES

El champagne

LENANDO de nuevo nuestras copas, el poeta de los ojos verdes me dijo:

—Oiga usted la canción de la espuma: e ligera, es alada, vaporosa. Al principio semeja un estremecimiento de hojas marchitas, pero luego se acentúa, se completa, se alegra, y llega á producir la impresión de una falda de seda arrugada por hábiles manos.

¿La oye usted?

Toda el alma de este pálido vino está en su burbujeo irisado.. como el alma de la edad media, “enorme y delicada”... No; enorme no; pero sí intensa, muy intensa, muy ¡. Es un alma de catedral gótica hecha de encajes exteriores e recónditos t Su superficie es fílvola y luciente; e blanca; brilla cual un diamante y cambia de reflejos conforme cambian los ojos que la ven. Su fondo, por el contrar es multiforme, y es hermético. Nadie ha podido nu n-dearlo.

Sendo muy pequen t c as contie- n i secretos que el mar i to ravellosos los que contienen!

El príncipe de Mónaco ha descubierto, en las entraña del océano, rudas florestas, frescas llanuras, suaves colinas a descubierto toda una flora complicada en las entranas del o: ha descubierto una flora y una sau- En el interior del champagne nadie ha penetrado todavía.

L que creen una noche posee le, se equi- ca. El champagne no se entrega, y burbujeando irónicamente, burbujeando en los cerebros y en los sexos de sus adoradores, los une, los separa, los enloquece, y luego se va.

seguro de que, repleto de licores, repleto de v s, repleto de ajenjo, usted ha soñado toda la noche. Ahito de champaña;

la soñado usted nunca. Y es porque el champaña no vive su ligera vida de llama fluida, sino en la acción y en la actividad. Al que se duerme le abandona.

El champaña es galeoto. Los labios que e em) apan en sus ondas de topacio, tienden á juntarse en largos besos febriles, atraídos por el imán misterioso de las burbujas. Para beberlo como se debe, ninguna copa es mejor que la copa de los labios deseados... ¡Ah! libar con boca sedienta en otra boca húmeda; libar el divino néctar de Ay en el cáliz palpitante de un geranio humano; libar el champaña, y con el champaña el aliento, y con el aliento el alma, ¿qué placer más grandé? No, en verdad; no lo hay más grande.

Es el vino del amor.

Al caer en una copa de forma griega, muy baja, muy ancha; al caer y estallar en blanca espuma, haciendo FRUS-FRUS de falda nueva, obliga á pensar en los remolinos de encajes de las pecadoras que se desnudan, en las banas que se arrugan bajo los cuerpos enamorados, en las plumas del cisne que se pasma sobre Leda...

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Pórtico

Al recordar la desnudez del muro guardador de la Alhambra de Granada, ¿quisiste acaso que mi nombre obscuro de este libro adornase la portada?

¿Soñaste con las bóvedas de nacar y de la luna al pálido vislumbre con bosques de columnas y follaje de calado arabesco por techumbre?

¿Al lado de la fuente que murmura junto á los solitarios alhambes, arrastrando su blanca vestidura miraste abencerrajes y zegríes;

y el viento, perfumado de azahares, trajo el dulce cantar hasta tu oído de un ave que en la torre de Comares hizo en un verso del Korán su nido?

Fues la Alhambra es tu álbum: no lo abras sin pensar que en el pórtico, María, no hallarás arabescos de palabras, luz, aromas, amor y poesía.

Al fulgor de tus ojos soñadores, sus págs. t. ndo por prose mio, á b rd r con ar g p mor vendrá más tarde enamorado el genio

Y como el ave que en el nido canta entre las frases que dictó el Profeta, imitando el trinar de tu garganta, entre estas hojas cantará el poeta.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Las Voces

PRIMERA VOZ

Oh viandante que estás llorando, ¿po qu lloras? Ven conmigo; iremos cantando las horas. Ven, no tardes; yo soy el Amor; quiero dar alas á tus deseos! De lindas boses en flor, beberás dulces, suaves be-

SAGRAMOR

Besos?... Los besos, hojas vertiginosas, son venenos. Destrojan rosas sobre las bocas, pero abren llagas en el corazón...

SEGUNDA VOZ

He aquí oro, llénate de oro, toma, no llores... Con los ducados de este tesoro, tendrás palacios, gemas y flores... Mira, ve cuán rubio es el oro y cómo resplandece...

SAGRAMOR

¿Oro?... ¿y para qué? La Felicidad no la vende nadie.

TERCERA V

¿Por qué lanzas tan lamentables quejas, con tan tético y angustioso tono? ¡Viajemos! Gozaremos bellos días...

SAGRAMOR

El mundo es pequeño. Lo he recorrido ya todo.

Soy la Gloria, alegre genio de un país solar... ¡Tú serás el mayor poeta del mundo!

SAGRAMOR

Dicen que el mundo está para concluir...

Serás un sabio: desde mi albergue verás pronto aclarado todo.

SAGRAMOR

Si hubiera conservado mi ignorancia, no me habría sentido tan desventurado...

SEXTA VOZ

Yo soy la Muerte victoriosa, madre del misterio, madre del secreto...

SAGRAMOR

¡Oh, no me toques! ¡Vete! ¡Tengo miedo de tí!

SEPTIMA V

¡Yo soy la Vida! Ya que el morir te da miedo, te daré mil años.

SAGRAMOR

¡O, Dios mío! ¿No he sufrido ya tantos atroces engaños?

CHAS VOCES

¿Quieres los más raros, los más dulces placeres? ¿Quieres ser estrella, quieres ser rey? Responde, ¿qué quieres?

SAGRAMOR

No sé N

EUGENIO DE CASTRO

Los niños

El espíritu alegran sus sonrisas
vagas y misteriosas,
y aroma liban las errantes brisas
en sus labios más frescos que las rosas.

Cuando ajenos del mundo á los martirios
gozosos duermen en su frágil cuna,
semejan castos lirios
bebiendo el rayo de la blanca luna.

¡Son tan interesantes! ¡Son tan bellos!
¡Astros á un tiempo son y también flores!
Que allí donde están ellos
tiene que haber perfume y resplandores.

Lo que es virtud y lo que es mal ignoran,
ignoran lo que es goce y lo que es pena,
pero hay muchos que lloran
al mirar deshejada una azucena.

Sus miradas serenas y tranquilas
en todas partes fijan sin recelo,
y en sus dulces pupilas
siempre verás que se refleja el cielo.

Oh, cómo me cautivan sus hechizos
y su inesfable calma,
cualquiera deja un ósculo en sus rizos,
pero tan sólo Dios les besa el alma!

Por ellos ¡quién no siente algún cariño
¡Quién su candor no adora?
¡Oh, bendito el hogar en que algún niño
nos deje oír su charla encantadora!

BONIFACIO BYRNE

Nebulosa Óhulé

VAMOS ¡oh reina! unidos por los labios,—
en la gran cabalgata de las fugas,—cuyas
enormes yeguas—van abriendo la noche de
las tumbas—con sus pechos de bronce, sumer-
gidos—como náufragas proas en la bruma.—
Mi palacio es un féretro de plata—propicio á
los ensueños de las nupcias,—un gran pala-
cio lóbrego, más rico—que los Emperadores;
una tumba—vibrante con las nobles armo-
nías—que dan los vientos en sus liras trun-
cas.—Une tu frágil esqueleto al mío—para
soñar la vida ¡oh reina rubia!

Los astros son propicios; en el cielo—la
Cruz del Sur sobre la noche apunta,—y la es-
plendente conjunción de Venus—favorece los
lechos y las cunas.—El astrólogo hará sobre
tu pelvis,—sagrario de marfil de mis angus-
tias,—un signo heroico, y atará tu velo—con
la estola ritual de su casulla.—Y verás mis es-

trofas relucientes,—cual panoplias suntuosas,
que las yuntas—de bravíos puñales ornamen-
tan,—y danzarán mis odaliscas nubias—con
las cejas doradas, y teñidas—en añiles ceú-
leos las uñas,—mientras la blanca Dama de
Hohenzollern—un faisán de oro en su balcón
despluma.—Y me darás tus labios ¡oh tus labi-
os—carnales y sabrosos como frutas,—vi-
viendo en tu esqueleto! —y sangrará una in-
tensa mordedura—sensual; y sobre el hierro
de mi peto—reposará tu calavera rubia,—co-
mo imperial medalla de oro antiguo con que
condecoraron mi armadura;—y la triple cimera
de mi casco—te dará el viento de sus gran-
des plumas;—y tras de las ebúmeas costillas
—(así dos aves que aprisionan juntas—en una
jaula de dorados hierros—se verá palpitar co-
mo hojas mustias—nuestros dos corazones; y
tus manos—sonaran en mis vértebras agudas,
—y ambiguamente cubrirá tu velo—fúnebres
suspiciacias en la tumba.

Y ante el cielo que an azul de pu-
pila la nocturna—serenidad cruzada por los
orbes,—mientras canta la paz de nuestras nup-
cias—un soneto macabro, que instrumenten—
catorce tibias huecas c ca,—mien-
tras silba el corcel patibulario—y el esquilón
la media noche anuncia: sobre el fiero car-
mín de mis heridas,—que honrarán luengas
crónicas de lucha,—caerá el polvo de oro de
tus besos;—y mirarán los seres de la bruma—
bajo un sauce que crispa su follaje— como un
blanco pavón que en la penumbra—está ha-
ciendo la rueda á las estrellas —bajo un sauce
que vela dos angustias,—unirse nuestros hues-
sos, como rimas—de estrofa completa,
oh reina rubia;—Bajo un sauce de plata, pro-
tegidos—por el inmenso escudo de la luna.

LEOPOLDO LUGONES

Ó Kempis

Sicut aubes, quasi naves
velut umbra...

Ha muchos años que busco al yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh, Kempis! Antes de leerlo, amaba
la luz. ¡Ah, el mar Oceano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitar!

Más como afirman doctores graves
que tú, maestro, citas y nombras,
qu el hot br p

Hayo todo terr n l z
n rin mi mente alegría
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra...

¡Oh, Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
Ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

AMADO NERVO

Pensamientos

La conversación deprava. Entre hombres sólo resulta comica, porque hay que aparecer prácticos, capaces de llegar al fondo de las cosas, libres de susos e. Entre mujer y hombre es también excepción porque ha qu burl d
sa m rnas. El mundo forma la mujer y el hombre buena sociedad, dos niños mimados que se echan a perder mutuamente. primera juega con los objetos como con chera, el segundo los rompe para ver lo que tienen dentro.

Et e r e l etiqueta; cualquier cosa val u u la etique nd b las ma n u u res; q l e n botas, lo que m ca n de con tal que no r hech

eratura humana e comprendida p r tr en tu um na. Todo lo más, por costumbre, paciencia, interés ó amistad, s aceptan se toleran.

—Ahora se lleva á las jóvenes, muy jóvenes á la sociedad. Se las educa en ella y para ella, en las artes y para las artes, de tal modo que la mentira les resulta una costumbre ex itación una n

n o t l que ha visto ó meditado sabe que l capacidad de sujetarse al trabajo enoj ó di rio a veracidad para consig i lo dem o nt l q p n ha e un r t r hu a honrad á propi o y erabl en la vida común

—Por ve lo de aldeanos: un padre pu d m n d h y y doce hijos no pu en alimentat á un padre.

—Cuando una mujer frecuente la socied d no lo hace por pescar un marido ó u por pescar el concepto de un marido ó de un . Todas sus ideas par ran en eso, como los rí n l n ar

HIPÓLITO TAINÉ

Shakespeareana

Desdémona

Lánguidamente su oración expira:
y, con el glauco brillo de una espada,
l or respiaudece l m r da
surgiendo entre relámpagos

¡Con qué angustia Desdémona s p a
en u alcoba de reina destronada,
l escisión de Venecia ya olvidada
que por el fondo del ensueño gira!

Dobla, luego, rente silenciosa
bajo el pesar inmenso que le abruma,
y á la luz del crepúsculo dudosa,

Hecha parece de flotante bruma,
de hojas de lirio y pétalos de rosa,
de név s albas y ligera espuma.

Rey Lear

Ruge, viejo león enfurecido!
Agita la mefena desgredada
semejante á una selva congelada
que el ábrigo glacial ha estremecido!

Los lebreles del odio te han mordido,
á tu sien la locura vz euroscada,
la ingratitude te azota despiadada,
y el dolor, cruel arquero, te ha vencido!

Llora junto á Cordelia agonizante,
pálida flor que levantó su broche
en el desierto de tu vida errante!

Y escuchando la Muerte, que te nombra,
verás en tu alma germinar la noche,
como un dilataruento de la sombra!

LEOPOLDO DIAZ

NOTAS

Aniversario. —

Hoy es iversario de la fundación de esta revista.

H cumplido, en todas sus partes, el p o g i t s NÚMEROS Ixt c a l

Por primera z en Honduras una revista t t independiente. La R-

T N i d i esfuerzo H l e i ha atendido

á todos sus g t Hoy entra e s , sostenida

s e esta capital y de algunas otras poblaciones de la República A

ellos uestro agradecimiento, por su cooperación en la difícil labor intelectual os impuest

Reproducciones. —

EL AL l r no, de Madrid, y Fl Eco B A reproducen, e s últimos os de nuestros trabajos: [soneto] y Las [prosa].

Sueños azules —Caracas.—“El Cojo.”

J l i o Vargas Vila, hermano del brillante a t l nos ha e o su bello libro de cuentos.

ramillete de raras flores de ens

Leemos e revista europea, a propósito anterior, BUSTOS y RIMAS:

“Apellidarse Vargas Vila y escribir, es un at t l repúblicas americanas, c es quien tal hace el autor de FLOR DE FANGO: J. M. Vargas Vila, uno de los esc t res más populares del continente, y cuya fortaleza, en realidad, no e or discutirse. El tolieto de s o, que motiva estas l s, demuestra que, á sa de seguir rumbo distinto, la fraternidad en este caso no ha sido dañosa.”